

mina, por desgracia, en esta nuestra muy prosaica y muy antiestética edad, que todo lo uniforma. En cambio abundan los caserones nobles, decorados al estilo del Renacimiento español, con medallones, ó del gusto plateresco más exquisito, que también es género españolísimo, y deslumbra y encanta con la finura y riqueza de sus detalles elegantes, primorosos. Con estas casonas monumentales, bordadas, repujadas, caladas, cinceladas, anaranjadas ya sus piedras por el artístico sol, alternan las parroquias, las catedrales, los conventos, los colegios, de proporciones vastas, de majestuosas cúpulas, de imponentes portadas, de patios solitarios con arquerías y balconadas soberbias, de cresterías que piden fanales, de escusones que entonan cantos de heroísmo. Y es la misma impresión aplastante de Florencia, sólo en Florencia y en Salamanca sentida: la impresión de ciudades donde la vida del hombre debiera ser más ampliamente fuerte y gallarda, más señorial que en parte alguna; donde la hermosura de las piedras, su dignidad, imprimen sello en los habitantes.

Pero ¡ay! Las piedras perduran, se van los que las labraron y erigieron, y en Salamanca, del pasado, lo único que se mantiene en pie son esas piedras, en su mayor parte impávidas, desafiando hoy la indiferencia y el abandono, como desafiaron ayer la lucha armada, las vicisitudes de asedios é invasiones. Esas espléndidas piedras, de cobre forjado, de oropimente, de filigrana, de encaje rancio; esas piedras que tienen voz á fuerza de tener belleza, es lo único que permanece del extinto poderío de la ciudad. No puede restaurarse aquella vida intensísima que en el siglo XVI animó á Salamanca, y el conservar lo mejor posible el tesoro es ya empresa que por sí sola pide esfuerzo heroico y exigiría mucho dinero, grandes capitales invertidos en defender esa edificación única, soñada, fastuosa, original.

Lo primero que amenaza ruina en Salamanca son los palacios de las familias aristocráticas, que desertaron de su solar y residen en la corte ó en el extranjero. No digo que materialmente se estén viniendo á tierra, aunque algunos de los más admirables se encuentren en este caso; pero los mismos á que se atiende, reparándolos, dan tristeza; están como cáscara vacía, convertidos en ruinas casas de alquiler, deshonrados por inquilinos menesterosos, algunos por gitanos y mendigos. ¿Dónde van los muebles severos, los bargeños y arcones, los tapices y pinturas que decorarían estas casas? ¿Dónde las alcatifas, los damascos, los arrogantes blasonados reposteros, las platas de mesa, las camas de copete, los braseros tachonados, de ébano y caoba? Todo esto, que es arte, arte impregnado de vida, todo esto fué dispersado por el molinero que reconcentró en Madrid á la nobleza, antes localizada y residente donde tenía arraigo; y lo que anticuarios y chamarileros no hayan liquidado entre su clientela, extranjera la mayor parte, lo que no haya parado en el Rastro, se encontrará á estas horas fuera de su marco natural, adornando en la corte algún saloncillo, algún tocador modernista, alguna antesala estrecha. Y el solemne brasero claveteado, y el bargeño cuyos hierros negrean sobre fondo de viejo terciopelo carmesí, y el repujado bandejón, y el tapiz de pálidas figuras, se hallan tristes, lejos del palacio de anaranjada piedra y rejas historiadas y retorcidas, en el cual pasaron sus primeros días aristocráticos, serenos.

Sería inútil buscar hoy en Salamanca á las ilustres familias que tienen allí solar; la excepción la constituyen aquellas que de tiempo en tiempo se asoman á mirar el caserón solariego ó la capilla de patronato. Impresión más triste todavía causa ver en Alba de Tormes el castillo de los duques de Alba—el que denomina título tan resonante,—no ya ruinoso, ni derruido, sino disperso, deshecho, arrebatado piedra por piedra, sin que resten, como testimonio de lo que el monumento pudo ser, más que el altivo torreón del Homenaje, dominando el pueblo tendido á sus pies, y á larga distancia otro torreoncillo, cuya única misión, al permanecer en pie, parece ser dar idea de la magnitud del soberbio monumento militar y nobiliario.

Dícese que la duquesa de Alba, atenta á conservar recuerdos, pasaba regular cantidad al año para cuidar y reparar el castillo, unido íntimamente á timbres tan altos de su casa; y que, fiada en esto y queriendo en ocasión solemne alojarse en su castillo, ordenó que se le preparasen en él habitaciones. Grande fué su sorpresa, grande debió de ser su desencanto, cuando obtuvo por respuesta que en el castillo sólo lechuzas y cárbos podían morar, y que ni aun tal edificio existía, porque sus piedras habían sido arrancadas y tal vez sirviesen de umbral de establo ó fogón de villanas cocinas, cuando no de materiales para la plaza de toros. Y es que para velar amorosamente por las reliquias del ayer, no basta el sacrificio pecu-

niario; es preciso ofrecer también tiempo, voluntad, ver con los propios ojos, disponer con la propia inteligencia.

No era ciertamente la duquesa de Alba de las hembras frívolas que darían un torreón histórico por un trapo parisiense; y sin embargo, no pudo salvar ese magífico recuerdo, el castillo de Alba de Tormes, en el siglo XVIII todavía admirablemente conservado, lleno de estatuas, de cuadros, de medallones, de frescos.

En Salamanca, la solidez de los monumentos—en su mayoría son de época relativamente reciente, del siglo XVI—nos ahorra el doloroso espectáculo del castillo y palacio de Alba de Tormes. No se necesitan sino asomos de cuidado para conservar los resistentes y grandiosos edificios públicos, y un poco de inteligencia para no profanarlos. En cuanto á las casas de propiedad particular, su conservación es más difícil; desgraciadamente no existe ley que obligue á los dueños de tales joyas á no derribarlas, no estropearlas, no profanarlas, no dejarlas desmoronarse. Esta ley, en España al menos, sería conveniente. No es permitible que se pierdan tesoros artísticos. Cuando veo ciudades como esta de Salamanca, que encierran arte en mayor proporción que ninguna de Italia, pienso en la contribución que fácilmente impondríamos á los extranjeros, atrayéndoles aquí á bandadas, haciendo del costoso y molesto viaje por España, algo que compitiese con los de Suiza, Italia, Holanda, Bélgica, Francia, los bordes del Rin. España es, aún hoy, maltratada, expoliada, en el abandono, un museo, un piélagos de arte. Solamente en Salamanca, la arquitectura aturde, marea de admiración. La riqueza del estilo plateresco, algo románico muy notable, y las mejores obras decorativas de un artista español tan mal comprendido, tan atractivo como el gran Churriguera. De este mágico adornista, de este poeta fastuoso, existe en Salamanca una iglesia, una bombonera iba á decir, la de la Veracruz, si no me engaño—soy poco amiga de consultar guías cuando tengo reciente la impresión directa,— que por verla se puede hacer el camino. Es el tocador de la Reina del cielo.

Para conseguir que aquí afluyesen viajeros, ¡sería necesario cambiar tantas cosas! La primera, los itinerarios de los ferrocarriles, que son aquí endiablados y hacen perder un tiempo precioso. Los extranjeros vienen á tiro hecho; quieren ver rápidamente el mayor número posible de cosas, y no gustan de invertir un día sentados sobre sus baúles, en una estación, aguardando un enlace.

Un buen español á quien larga residencia en América ha familiarizado con el espíritu moderno, el conde de Casa Segovia, que fué también á Salamanca, portador de los premios ganados en los Juegos Florales de la Asociación patriótica de Buenos Aires por Gabriel y Galán, me hacía notar un detalle expresivo: al salir de Madrid, no se nos despachó billete sino hasta Medina, y no hasta Salamanca misma, porque el tren que en Medina debíamos tomar, unas veces enlaza y otras no. Retrasos, faltas de enlace, ante todo habría que evitar, para hacer de España, el país más interesante de Europa, un hormiguero de turistas, que van á Suiza sencillamente porque allí se viaja bien, se encuentra fácil traslado y cómodo hospedaje. Aquí los hoteles dejan que desear, generalmente; pero propenden á mejorar y reformarse, y sería excelente negocio para una compañía que se fundase con capital y ánimos, dotar á España de una red de hoteles en armonía con las exigencias de nuestra época, y ramificar esta institución hasta los pueblos modestos, donde, también modestamente, pero con limpieza y confortable, pudiesen alojarse los que habían de soltar aquí millones al año, como los sueltan en naciones menos dignas de ser visitadas, de menos caudal artístico.

En esto pensaba yo, mientras recorría las calles de Salamanca, deteniéndome ante maravillas, escuchando aclamaciones, recibiendo las más reiteradas muestras de afecto y de simpatía de un pueblo donde me creí, si no desconocida, al menos forastera y extraña, y donde ya acabé por soñar que era algo propio de allí, gracias á la acogida entusiasta y demostrativa que sobrepujaba á mis esperanzas más ambiciosas...

Y para explicarme tanto honor como se me hacía, me dí á suponer que mi labor no interrumpida de ardiente patriota, de española franca en señalar deficiencias y errores según los entiende, y nunca perezosa en alentar á los que trabajan y velan, esperan y quieren, y no renuncian al porvenir, es lo que, de cinco ó seis años acá especialmente, me vale estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras..., que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías..., nunca indiferencia.

EMILIA PARDO BAZÁN.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De la abundancia del corazón habla la boca, y yo no tengo más remedio que hablar de mi viaje á Salamanca, para donde he ido el día 25, permaneciendo allí hasta el 29 del pasado mes de marzo. El objeto de esta aventura era cerrar con un discurso la velada que aquella ciudad tres veces insigne consagró á la memoria de un poeta tempranamente muerto, cuando la fama empezaba á traer y llevar su armonioso nombre: José María Gabriel y Galán.

A pesar de su sencillez y claridad, á pesar de su sentido, popular y de su tierra, de este poeta hay no poco que decir, pues es en su sentimiento profundo y vario, y además sincero, con sinceridad realmente atractiva, en que halla apacible descanso y emociones renovadoras el espíritu. En el discurso que consagré á su memoria no agoté la materia, porque supuse que la dejarían apurada hasta sus últimos límites los oradores que me precediesen, subsanando así mis omisiones; pero la cortesía les hizo ser muy breves; mi amigo el rector de aquella Universidad don Miguel de Unamuno apenas desfloró asunto que tan bien conocía; y en atención á ello, es posible que yo vuelva á hablar de Gabriel y Galán en alguna otra ocasión, porque realmente lo merece un poeta tan sincero y real, que se nos apareció al punto en que las aves cantoras parecen haber enmudecido, en que las frondas están silenciosas, en que una generación entera de grandes líricos baja á la tumba, abriendo la marcha Zorrilla, siguiéndole Campoamor, Verdaguier y acaso Balart, cuando trazo estas líneas gravemente enfermo y cargado con el peso de setenta y cuatro años cabales.

Fuí yo, pues, procedente de tierra tan distinta de la que dió cuna á Gabriel y Galán (el cual representa, por muchos conceptos, íntimamente, al país castellano y al de Extremadura), quien recibió el honoroso encargo de resumir la expresión de un duelo que enluta á dos regiones. Había tenido varias veces dispuesto el viaje á Salamanca, y dijérase que la casualidad malignamente me lo desbarataba en lo mejor. Las dificultades de los itinerarios españoles, que imponen retrasos; los apremios de tiempo, que en mí constituyen enfermedad crónica, á la cual forzosa-mente me he resignado, porque me he convencido de que no tiene cura; el atropello de otros proyectos y otras excursiones se habían atravesado, hasta la fecha, entre mi anhelo y la ciudad mágica. No me pesa; el aplazamiento sirvió para que viese á Salamanca en condiciones infinitamente más gratas y significativas que si sencillamente tomase mi billete, llegase allí sin ruido, y me perdie-se, turista curiosa, por las monumentales calles de la que ahora he comprendido por qué se llama enfáticamente *Roma la chica*.

He dicho calles monumentales, y no cometo inexactitud: Salamanca es una ciudad formada por monumentos. Tiene poco caserío propiamente dicho (alguien preguntó, si no recuerdo mal, dónde estaba el pueblo de aquellos palacios); tiene escasa edificación sin carácter, de esa que inspira tedio, y predo-